

EL ARQUITECTO DE VÍNCULOS



Créditos

«El arquitecto de vínculos» a.isanta

Primera edición, junio de 2025

Editado en Spain

Libro digital en formato PDF

Diseño de la cubierta y maquetación: a.isanta

Contacto:

culturanimapro@gmail.com

a.isanta

Reservados todos los derechos.

©2025, «El arquitecto de vínculos» a.isanta

Está prohibida la reproducción física o digital de este libro con finalidades comerciales sin el permiso del autor.

El arquitecto de vínculos

a.isanta

Capítulo 1

La noche fue agitada para Sam. Había soñado en desplazamientos que él hacía en diferentes medios de transporte. Se vio viajando en metro, en el interior de un avión y hasta montado en un carroaje típico como los utilizados por los *amish*. No estaba seguro de si todo eso era una señal maravillosa o el presagio de un desastre, pero sí sabía que era un indicador de algo que ya intentaría descubrir.

La mañana del cuatro de julio él no sentía nada especial cómo la inmensa mayoría de americanos. El día más patriótico y sensiblero de todo el año, para Sam nada de nada. No se permitía en absoluto seguir las directrices de aborregamiento de masas. La importancia de ser americano, turco o vietnamita le traía sin cuidado. Haber nacido aquí o allá no era un mérito adquirido y carecía de importancia.

Seguía acostado mientras su esposa, desde la cocina, hacia todo el ruido posible con los preparativos del desayuno. De vez en cuando le lanzaba un grito para animarle a levantarse de una vez, le recordaba lo mucho que tenían que preparar para el viaje.

Estaban invitados en casa de su cuñada para celebrar el día de la fiesta nacional y eso necesitaba de un desplazamiento desde Melville a Millburn, a unas 10 millas de Newark, por la autopista de New Jersey. No eran muchos kilómetros pero le reventaba tener que coger el coche para atravesar la gran urbe. Al contrario que la mayoría tampoco le gustaba New York.

En los últimos años, Sam, encerrando cada vez más en si mismo, se iba despojando del aprecio por las cosas de vida mundana; las relaciones sociales se circunscriban al entorno familiar más cercano y cuando había que cumplir, a regañadientes, se dejaba llevar por Emma.

El fin de semana suponía soportar a Joyce con sus paranoias de comportamiento altivo y prepotente, era una gran contrariedad.

Tiempo atrás, cuando conoció a su mujer, ya comprendió que la relación con la hermana no sería fácil. Su carácter no encajaba con la forma de ser de Sam, siempre mandando y exigiendo a todo el mundo, alardeando de su posición social, con cierto menosprecio hacia los que deambulaban por sus alrededores, seguramente propiciado por una carencia encubierta de autoestima. Parecía imposible que fuera hermana de Emma, tan humilde y comedida en todo lo que hacia o se atreviera a deshacer. Pero en su momento ya hubo determinado un esfuerzo por mantener una relación cordial y lo más neutra posible que le permitiera su aguante, por respeto a Emma, nada más.

La cena del sábado transcurrió en un ambiente agradable hasta que Joyce decidió que la hora del postre era adecuada para sacar el hacha. Entre cucharadas de una exquisita espuma de melón, —buena cocinera si era, le gustaba investigar novedades gastronómicas con resultados de notable éxito— envolvió su expresión de inocente curiosidad para pinchar a Sam y disfrazar el tono irónico que estaba a punto de salir de su boca.

—Y dime, Sam, ¿como va la búsqueda de trabajo?, ¿sigues buscando o has abandonado?, ¿has tenido entrevistas?, ¿tienes algo entre manos?

Por unos instantes, la espuma de melón que Sam acababa de meterse en la boca quedó en suspenso, ni entraba ni salía, mientras se decía que la bestia ya estaba dispuesta para el ataque. Sabía que las dificultades de los demás no eran de especial interés para el egocentrismo exacerbado de Joyce, pero le gustaba escrutar temas especialmente sensibles para conseguir un grado de irritación que alimentara su ego. Cuando todavía la conocía poco, Sam, había caído en sus garras en más de una ocasión pero ahora ya no era posible. Antes de responder prolongó un poco más la pausa y empalmó la espuma de melón con la espuma de un sorbo del champán que tenía junto al plato de postre. Contrariamente a un efecto de embotellamiento por la mezcla de espumas, la amalgama se fundió con rapidez y provocó un desengrase total para dejar el camino despejado a la replica de Sam.

—Pues la verdad es que no, no estoy buscando nada. Tengo una pequeña colaboración en la redacción de un periódico digital y espero respuesta de otros. No me da mucho, pero si salen más... Ya veremos.

El tono vago de la respuesta de Sam hizo que Joyce no encontrara la carnaza necesaria para insistir en el ninguneo. Dando por zanjado el intento, desvió la atención hacia Emma para charlar de temas femenino-fraternales.

Sam aprovechó la ocasión para hacer un explícito ademan a Ethan y levantándose de la mesa dio por acordado continuar la tertulia en el jardín, sin mujeres.

La noche era calurosa y apetecía estar al aire libre. Se sentaron en la zona del merendero ubicada en la parte más frondosa que dos hileras de esbeltos álamos ofrecían. Corría una ligera brisa, suficiente para aliviar la canícula. La delicadeza de Ethan en el cuidado del jardín, ayudado de todo su tiempo libre y una paciencia infinita, habían conformado una preciosa floresta. Desde su traslado a la mansión, medio año después de la boda con Joyce, se propuso construir el más espectacular, sino del estado, al menos del condado de Essex.

Se sirvieron unas copas y encendieron unos cigarrillos. La expresiva cara de Ethan rogaba a Sam que contara algo más sobre ese periódico digital. Pero Sam no se daba por aludido y ayudado por la tenue luz de la zona intentaba evitar la mirada directa, prefería observar como se mecían los árboles.

—¿Piensas contarme algo de tu colaboración como redactor?, no sabía nada. —Preguntó Ethan, interrumpiendo el silencio—. Creía que me habías traído hasta aquí para eso.

—Oh, lo siento. Es que es algo que está en fase incipiente y no tenía intención hasta más adelante, cuando fuese algo más consistente.

—Bien, como quieras, podemos charlar de otra cosa si así lo prefieres. —Ethan dejó caer la frase con cierto desánimo queriendo dar espacio para los pensamientos.

Quedaron sumidos en una especie de letargo. Estuvieron un buen rato acompañados únicamente de sus respectivas mentes y del excelente malta que estaban saboreando, simplemente buscando con la vista el punto más alejado posible; ahora intentaban evitar cualquier esbozo dialéctico.

Sam no era capaz de afrontar la explicación de un suceso que tuvo lugar pocos días atrás. La excusa que dio a Joyce, aunque cierta, simplemente fue una maniobra de distracción para despistarla y no tener que proseguir con una deleznable conversación. Lo que Sam buscaba en realidad era poder hablar con Ethan del tema que le tenía preocupado. Ahora en el momento de la verdad, cuando había conseguido apartarlo de la reunión, estaba bloqueado.

Una ráfaga de viento más fresca agitó las hojas de los álamos, rompiendo por un instante el silencio suspendido. Sam apuró el whisky y se animó, por fin, a hablar.

—Verás, Ethan... —dijo, fijando la mirada en su copa vacía—. Hay algo que me ha estado rondando desde hace unos días. Y no, no tiene nada que ver con el trabajo. O tal vez sí. No lo sé.

Ethan, atento, mantuvo su copa a medio camino entre la mesa y los labios. Sam inspiró profundamente.

—El sueño del otro día... los viajes, los medios de transporte... No fue solo un sueño raro. Es la tercera vez que tengo uno parecido en menos de dos semanas. Siempre me veo desplazándome, pero nunca llegando a ningún sitio. El vagón del metro se desvanece antes de alcanzar la estación, el avión se queda suspendido sobre una ciudad sin nombre, y el carro... —hizo una pausa breve— el carro me deja frente a una casa que juro no haber visto nunca, pero que siento conocer muy bien.

Ethan arrugó el ceño. Sam le notó incómodo, quizás pensó que estaba a punto de soltar una metáfora barata sobre la incertidumbre laboral, pero entonces añadió:

—Y aquí está lo raro. Ayer, cuando fui al buzón, encontré un sobre sin remitente. No era propaganda, ni factura. Era una nota. A máquina. Decía: *"Sabemos lo que soñaste. No es un sueño. No ignores la señal."*

El silencio volvió de golpe. Ethan dejó la copa sobre la mesa con gesto firme.

—¿Estás de broma? ¿Eso es real?

Sam asintió con gravedad.

—No se lo dije a Emma. Ella ya se preocupa bastante. Creería que me estoy viniendo abajo, que tengo una crisis. Pero no lo creo. Hay algo en esos sueños... y ahora esto. Es como si alguien, o algo, me estuviera guiando, o vigilando.

—¿Tienes esa nota?

—La quemé. No sé por qué. Me entró una angustia irracional. Como si no debiera tenerla cerca. Pero te juro que no la he inventado.

Ethan bajó la mirada y pareció debatirse internamente. Luego se inclinó hacia Sam.

—Hace unas semanas recibí algo parecido. No lo había contado a nadie. Pensé que era una broma pesada, o spam físico. Pero ahora que lo dices...

Sam sintió un escalofrío.

—¿Qué decía?

Ethan sacó su móvil del bolsillo y buscó en su galería. Le mostró una foto. La nota era más corta:

"El que camina sin llegar ya ha sido visto. Prepárate para volver."

Sam la leyó varias veces. Su corazón empezó a latir con fuerza. No era sólo él. Y no era sólo un sueño. Estaban implicados de alguna manera, tal vez incluso conectados.

—¿Volver a dónde? —preguntó en voz baja.

Ethan negó con la cabeza.

—Eso es lo que me inquieta. No recuerdo haber estado antes en ningún sitio del que “volver”. Pero hay noches en que me despierto convencido de que algo me falta. Como si hubiese olvidado un lugar... o una vida entera.

Sam se frotó los ojos. El murmullo de los árboles, la luz tenue del jardín, la fragancia nocturna de las flores: todo parecía teñido de una irrealdad espesa.

—¿Y si estos sueños no fueran solo avisos? —murmuró— ¿Y si ya estuviéramos dentro de algo... que no recordamos haber empezado?

Ambos se quedaron quietos, como si esperaran que la noche respondiera. Lo único que se oyó fue un pequeño chasquido, como de un interruptor, proveniente de la casa. Las luces del jardín se apagaron de golpe.

Y entonces, muy lejos, como un eco en el viento, ambos creyeron oír el golpeteo de cascos sobre el asfalto. Un carro. Solo que esta vez... parecía acercarse.

Las luces del jardín volvieron a encenderse al cabo de unos segundos, como si nada hubiera pasado. Pero el sobresalto había sido suficiente para cortar de raíz la breve tregua entre Sam y Ethan. Ambos se miraron con una mezcla de tensión y desconfianza que no habían sentido nunca antes. Fue Ethan quien rompió el silencio.

—¿Crees que alguien nos está escuchando?

Sam asintió sin decir nada. Tenía una certeza visceral: todo lo que estaba pasando no era casual. Y entonces, como una revelación tardía, recordó algo que había pasado por alto.

—La primera nota... no tenía matasellos. Ni sello siquiera. Alguien la dejó directamente en el buzón. ¿Quién tiene acceso a mi casa, Ethan?

Ethan no respondió de inmediato. Se quedó mirando la copa vacía. Luego, en voz baja:

—Solo la familia, Sam.

Las palabras quedaron suspendidas como humo. Sam apretó los puños. Su mente empezó a atar cabos: Joyce. Siempre tan inquisitiva, tan controladora. ¿Por qué le molestaba tanto su falta de actividad laboral? ¿Por qué disfrutaba hurgando en sus puntos débiles?

—Ella sabe algo —murmuró Sam—. Siempre ha querido tener a todos bajo su control. Pero esto... esto va más allá.

Ethan respiró hondo.

—No sé si quiero decirte esto, pero creo que ya no tengo opción. Hace unos meses, Joyce se ofreció a conseguirme una cita con un tipo que trabaja en un “instituto privado de investigación psicológica”. Según ella, era una especie de coaching de élite, un programa muy exclusivo que ayudaba a desbloquear potencial... o alguna idiotez de ese estilo. Yo

rechacé la oferta. Pero me insistió. Varias veces. Como si fuera personal. Como si tuviera que cumplir una misión.

Sam se puso en pie de golpe.

—¿“Instituto de investigación”? ¿No te parece que suena muy parecido a manipulación encubierta?

Ethan lo miró con cara de resignación.

—No sé si es una secta, un experimento gubernamental, o un juego psicológico. Pero Joyce se ha reunido con esa gente. Lo sé porque encontré una tarjeta suya con un logo extraño y una dirección en Newark. Y estaba escondida en su agenda personal. Nunca me deja ver su agenda.

—¿La tienes?

Ethan negó con la cabeza.

—La rompió cuando vio que la había tocado. Dijo que era una libreta vieja, sin importancia.

Sam se pasó las manos por la cara, sintiendo una mezcla de furia e impotencia.

—Necesito entrar en esa casa. Mañana, cuando estemos todos en la barbacoa, tú la entretienes. Yo buscaré pruebas.

—¿Y Emma?

—Le diré que necesito ir al baño. O que me sentí mal. O que olvidé algo en el coche. No lo sé aún. Pero tengo que saber qué hace tu esposa con mensajes anónimos y sueños inducidos. Porque ahora estoy casi seguro de que no son sueños naturales.

Capítulo 2

El día siguiente amaneció con una pesadez extraña, como si el cielo supiera lo que se estaba gestando. La casa de Joyce relucía de manera ostentosa: guirnaldas, banderas, bufandas patrióticas por doquier. Los invitados comían, reían, bebían. Emma ayudaba en la cocina, aparentemente ajena a lo que estaba en juego.

A la mínima oportunidad, Ethan atrapó a Joyce en una discusión sobre el estado del césped artificial del vecino, tema que siempre le despertaba ira y superioridad moral. Sam aprovechó el momento.

Entró por la puerta lateral. Cruzó el pasillo hacia el despacho de Joyce. Cerró la puerta con cuidado. Buscó en los cajones más profundos. Nada al principio: facturas, papelería, recortes de revistas. Hasta que dio con una caja metálica al fondo de un archivador.

Dentro, encontró varias carpetas etiquetadas con códigos alfanuméricos: "Caso S11–Melville", "Secuencia Hipnogénica A", "Evolución – Etapa 3: Resistencia". Y fotografías. De él. Dormido en su cama. En una estación de metro. En la parada del bus. Todas desde ángulos imposibles.

Sam tuvo que sentarse. No sabía qué dolía más, si la traición o el terror. En el fondo de la caja había una tarjeta negra, idéntica a la que describió Ethan, con un logotipo en forma de ojo rodeado por una espiral. En el reverso, solo una palabra escrita a máquina:

“REINGRESO”

Entonces oyó pasos acercándose por el pasillo. Cerró la caja, apagó la lámpara y se ocultó tras la cortina. La puerta se abrió.

Joyce.

Con el teléfono en la mano.

—Sí... ha picado. Está en el despacho ahora mismo. —Pausa—. No, aún no lo sabe todo. Pero está cerca. Muy cerca. No importa. Después de esta noche, no volverá a hacer preguntas.

Y salió, cerrando con cuidado.

Sam no se movió. Solo cuando pasó un minuto entero en silencio, dejó escapar un hilo de aliento.

Era oficial.

Él no estaba paranoico.

Joyce estaba jugando a algo muy, muy peligroso.

Esa noche, Sam no durmió.

Emma notó su inquietud, pero él alegó una digestión pesada, culpando al costillar a la barbacoa. No quería mentirle, pero sabía que, por su seguridad, debía hacerlo. Había entrado en un juego peligroso y aún no entendía las reglas.

A las cinco de la mañana, cuando el primer rayo de luz se coló por la rendija de la persiana, Sam ya había tomado una decisión. No podía quedarse esperando. Tenía una dirección: la de la tarjeta que encontró en la caja metálica.

108 Washington Street, Newark.

Demasiado cerca del centro como para ser una clínica cualquiera. Se duchó en silencio, se vistió sin hacer ruido y dejó una nota corta para Emma: "*Salí a caminar. Vuelvo pronto.*"

Condujo los treinta minutos en estado casi hipnótico, repasando cada conversación, cada mirada de Joyce en las últimas semanas. El edificio en cuestión era una antigua construcción industrial de ladrillo rojo, sin rótulos, sin timbres. Solo una puerta metálica gris con una cámara arriba. Sam se acercó, intentando parecer casual.

Cuando estuvo frente a la puerta, se oyó un clic. Se abrió sin que él tocara nada.

Dentro, un pasillo blanco. Frío, clínico. Luces led empotradas. Una mujer de uniforme azul marino lo esperaba frente a un mostrador sin papeles ni ordenador. Lo miró con una sonrisa cortés, como si supiera perfectamente quién era.

—Señor Rainier, lo esperábamos.

Sam se congeló.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Su perfil fue activado. Pase, por favor.

Antes de que pudiera reaccionar, una puerta lateral se abrió automáticamente. No era tiempo de vacilar. Si salía corriendo ahora, tal vez nunca tendría otra oportunidad. Entró.

La Sala de Inducción —así rezaba un letrero sobre la siguiente puerta.

Dentro, un hombre con bata blanca y una mirada inquietantemente tranquila le hizo señas para que se sentara. Era alto, de rostro afilado, sin una pizca de emoción en la expresión.

—Señor Rainier. Soy el Dr. Thorne. No está aquí por casualidad. Su caso ha sido monitoreado durante meses. Usted fue seleccionado.

—¿Seleccionado para qué?

—Para la Fase 3 del Proyecto Hypnos.

Sam tragó saliva.

—¿Y qué demonios es eso?

El Dr. Thorne pulsó un botón. Una pantalla emergió del techo. En ella, imágenes que Sam reconoció de inmediato: sus sueños, sus viajes en metro, avión, el carroaje amish. Todo, recreado con precisión clínica. Incluso la espuma de melón. Incluso Joyce.

—Usted ha estado en sesiones inducidas durante su fase de sueño más profundo —dijo Thorne—. La arquitectura onírica de sus experiencias ha sido cuidadosamente diseñada. Hemos necesitado sujetos como usted: resistentes, escépticos, introspectivos. Pero ahora está listo para saber más.

—¿Me están manipulando?

—La mente humana ya es fácilmente manipulable, señor Rainier. Nosotros solo aceleramos el proceso. Le hemos protegido de sí mismo. Y ahora debe decidir si quiere seguir siendo un elemento de prueba o un colaborador activo.

—¿Y Joyce? ¿Qué tiene que ver ella en esto?

Thorne sonrió por primera vez. Fue lo peor.

—Los agentes como su cuñada nos ayudan a identificar candidatos ideales. Gente con patrones emocionales volátiles. Ella no lo odia, ¿sabe? Simplemente cumple su función. Como lo hará usted, si decide cooperar.

Sam se puso en pie. Ya no podía aguantar más.

—Están jugando con vidas.

—Estamos preservándolas. ¿Recuerda el sueño del avión, señor Rainier?

—¿Qué tiene que ver?

Thorne cambió la imagen de la pantalla. Mostraba el mismo avión del sueño. Pero con una diferencia aterradora: estaba en llamas. Una recreación del accidente del vuelo 408 de Delta, ocurrido tres semanas antes. Todos los pasajeros murieron. Excepto uno: Ethan, que nunca embarcó.

—Lo vio antes de que ocurriera. Porque nosotros lo hicimos soñar. Fue una prueba. Y salvó una vida.

Sam estaba atónito.

—No es un don, Sam —continuó Thorne—. Es tecnología. Pero para que funcione, necesitamos mentes con determinada sensibilidad cognitiva. Como la suya.

Thorne se acercó y puso una pequeña caja sobre la mesa.

—Tiene hasta medianoche para decidir si quiere continuar en la Fase 3 como sujeto pasivo... o pasar a la Fase 4 como agente. Solo tiene que abrirla.

Sam cogió la caja sin decir palabra.

Salió del edificio sin recordar haber abierto ninguna puerta.

Capítulo 3

El día transcurrió como una coreografía cuidadosamente ensayada.

Sam regresó a casa a media mañana, con la caja bien oculta en el maletero del coche, debajo del hueco de la rueda de repuesto. Emma lo recibió con una mezcla de reproche y alivio. Él inventó una caminata hasta el embarcadero y una parada a tomar café. No parecía muy convencida, pero lo dejó estar.

Pero Sam ya no era el mismo. Había visto lo invisible. Y lo peor: ahora sabía que Joyce lo sabía todo.

Esperó al anochecer para moverse. El pretexto fue sencillo: recoger una botella de vino que había olvidado en el maletero. Una vez allí, sacó la caja, la metió en su mochila y se fue caminando. No avisó a Emma. Solo mandó un mensaje críptico a Ethan: *“Esta noche, nada de jardín. Necesito hablar con tu esposa.”*

Joyce abrió la puerta con cara de circunstancias. Llevaba una bata de seda turquesa y una copa de vino blanco en la mano. Su expresión al ver a Sam osciló entre la sorpresa contenida y una pizca de... ¿interés?

—¿Tú aquí, y sin tu esposa? Qué escándalo —bromeó con su habitual tono venenoso.

Sam no sonrió. Le sostuvo la mirada. Pasó dentro sin que lo invitaran.

—Necesito hablar contigo. En serio. A solas.

—Ethan está arriba con los auriculares puestos, viendo documentales de aviones antiguos. Tenemos media hora antes de que vuelva a molestar. ¿Qué ocurre, Sam? ¿Por fin te decidiste a pedir ayuda para conseguir empleo?

Cerró la puerta tras él y dejó caer la mochila en el sofá con un golpe seco.

—No juegues conmigo, Joyce. Sé lo del Instituto.

Un parpadeo. Nada más. Ni una expresión de susto. Pero sí dejó la copa en la mesa, sin beber.

—Ah. Así que ya entraste —dijo.

—No solo entré. Me esperaban. Me mostraron mis sueños, cada uno de ellos. El avión, el carro, el metro. Me dijeron que fui seleccionado, y que tú los ayudaste a identificarme.

Joyce se sentó en el sillón sin perder la compostura. Cruzó las piernas con elegancia quirúrgica.

—Claro que lo hice. Eres perfecto para eso. Siempre lo fuiste.

—¿Eso qué significa? ¿Qué sabes de mis sueños?

—No son tuyos, Sam. Son nuestros. Proyecciones modeladas por el sistema. Nosotros lo supervisamos. Tú eras solo un receptor. Hasta ahora.

Sam estaba pálido. Tomó aire. La ira lo empezaba a empujar.

—¿Quién demonios eres tú, Joyce?

—La persona que mantiene a tu mujer viva, aunque aún no lo sepas.

Eso lo detuvo.

—¿Qué...?

Joyce se inclinó hacia adelante. Su voz era un susurro afilado:

—Emma está enferma, Sam. No físicamente. Pero hay un patrón degenerativo en sus memorias afectivas. Una disfunción emocional progresiva. El Instituto la ha estado estabilizando durante los últimos seis meses sin que lo sepas. Porque tú no lo soportarías. Porque tú la habrías arrastrado contigo a ese pozo donde estás cavando desde hace años.

Sam se tambaleó.

—Mientes.

—¿De verdad crees que habría aguantado tantos años tu arrogancia si no fuera por algo más grande? ¿Crees que me gusta invitarte a cenar, provocar tus heridas, jugar contigo? No, Sam. Todo esto es parte del proceso de control. Tu hostilidad, tu aislamiento, tu desprecio por lo social... Todo eso nos servía. Necesitábamos *sujetos limítrofes*. Y tú eras un archivo abierto. Emma, en cambio... era un archivo que se borraba solo.

Silencio. Solo el leve zumbido de un refrigerador en la cocina. Sam sentía que el mundo se ladeaba.

—¿Y ahora qué esperas? ¿Que me una?

Joyce se puso de pie y caminó hasta él con un gesto casi maternal.

—No. Solo espero que abras la caja. Porque dentro de ella no hay una oferta. Hay una respuesta. Y si decides ignorarla, no volverás a tener otra oportunidad de salvarla.

Sam temblaba. Pero esta vez no de rabia. Sino de miedo.

—¿Qué le han hecho a Emma?

Joyce apoyó una mano en su pecho, suave, como una hermana falsa.

—La han estado sosteniendo. Pero eso... caduca. Y tú tienes la llave para continuar o dejarla caer.

Entonces se apartó, como si lo liberara de un hechizo.

—Puedes quedarte aquí a pensarlo. O volver a casa. A tu mundo ficticio. Pero el tiempo, Sam, no es infinito. Y la caja ya ha empezado a contar.

Capítulo 4

Sam volvió a casa con la caja apretada contra el pecho, como si llevara dentro una bomba. Caminó en silencio, sin mirar a nadie, como un niño que ha oído palabras demasiado grandes para su edad.

Emma dormía ya. Su respiración era tranquila, profunda. Sam la observó largo rato desde el umbral de la puerta, como si quisiera memorizar cada rasgo por si era la última vez que la veía así: entera, ajena.

Llevó la caja al pequeño despacho que apenas usaba. Cerró la puerta con llave. Apagó las luces salvo una lámpara de escritorio. El zumbido de la bombilla fue lo único que acompañó sus dedos temblorosos.

La caja, a simple vista, no tenía cerrojo. Ni aberturas. Una superficie metálica color grafito, sin marcas, sin inscripciones. Solo una delgada línea apenas visible en uno de los costados, como una junta sellada.

Sam la giró, buscó un mecanismo, un botón, una hendidura. Nada. Hasta que recordó las palabras de Joyce: “*Tú tienes la llave.*” ¿Y si no era algo físico? ¿Y si era *él mismo*?

Apoyó la palma de la mano sobre la tapa. Casi en el acto, un leve resplandor azul comenzó a dibujar sus dedos, la caja respondía al contacto con algo dentro de él. Luego, sin ruido alguno, la línea invisible se abrió lentamente y la tapa se deslizó hacia un lado.

Dentro, un cilindro transparente, del tamaño de una botella de vino. Suspendida en su interior, flotaba una sustancia iridiscente que se movía como si respirara. No parecía líquida ni gaseosa: era... otra cosa. Vibraba. Y al mirarla más de cerca, Sam lo entendió.

Era memoria.

No recuerdos sueltos. No escenas. Era una conciencia comprimida. Sintió un vértigo punzante, como si alguien se metiera en su cabeza por los oídos. Y entonces escuchó una voz.

No su voz. Ni la de Emma. Era la suya desde otro tiempo.

"Unidad S-174. Protocolo activado. Vuelta a conciencia completa iniciada. No interrumpas el proceso. Has sido desconectado por 9 ciclos. Tu rol es restaurar el vínculo emocional del sujeto E-M77. Restaura la red. Protege al nodo. Observa la secuencia."

Una pantalla emergió del fondo de la caja. Sin cables, sin electricidad. Y ahí comenzó el desfile.

Imágenes.

Emma en una clínica. Conectada a una máquina.

Joyce, de pie al lado, hablando con un hombre de bata gris. Ethan en una sala contigua, tomando notas. No era su casa. No era un jardín. Era un laboratorio oculto bajo otra vida inventada.

Otra escena. Sam, inconsciente, mientras una voz mecánica recitaba una lista de recuerdos que serían borrados o modificados.

Los sueños de Sam. No eran sueños. Eran reconstrucciones. Secuencias implantadas para mantenerlo estable mientras Emma era tratada. Y él... era el ancla. El nodo emocional que debía sostenerla en su red más profunda.

Pero algo falló.

Él había empezado a rechazar el mundo. A perder el vínculo. A desvanecerse como sujeto útil.

La última imagen fue una nota escrita por él mismo, fechada quién sabe cuándo, en una caligrafía que aún reconocía como suya:

"Si ves esto, significa que el anillo se ha roto. Emma no está muerta. Solo fragmentada. El Instituto no miente, pero tampoco dice toda la verdad. La caja es la llave. Ábrela, y recuerda quién eras antes de ser Sam."

La caja emitió un zumbido. La sustancia iridiscente comenzó a moverse hacia los bordes del cilindro.

Una voz —su voz— volvió a sonar, esta vez mucho más cerca, desde dentro de su cráneo:

"¿Quieres recordar quién eres? ¿Quieres salvarla? O puedes cerrar la caja. Y seguir fingiendo ser Sam."

El cilindro empezó a abrirse lentamente.

Sam cerró los ojos.

Y dijo:

—Sí. Quiero recordar.

Capítulo 5

Emma estaba en la cocina, removiendo distraída una infusión que nunca llegaba a beber. Sam la observó desde la puerta. Parecía la misma de siempre: su silueta serena, su moño suelto, la bata de algodón con la que se envolvía cada mañana. Pero ahora Sam sabía que esa imagen era una cáscara, un disfraz que ambos habían aceptado sin cuestionar. Hasta ahora.

—Emma —dijo él, con una calma que no sentía—, tenemos que hablar.

Ella giró la cabeza con naturalidad, pero algo en sus ojos cambió al instante. Una contracción mínima en la comisura de los labios. Una sombra que cruzó su mirada y desapareció.

—Claro, dime.

Sam entró, cerró la puerta tras de sí. Se acercó con paso lento. Llevaba la caja cerrada en una mano.

—¿Sabes lo que es esto?

Emma la miró. No fingió no reconocerla. Bajó la vista. Luego se sentó.

—¿La has abierto?

—Sí.

Un silencio denso cayó entre ellos. Sam dejó la caja sobre la mesa. El zumbido lejano del frigorífico marcaba el tiempo como un metrónomo.

—No me vas a preguntar qué vi —dijo él.

—Ya lo sabes. Preguntar sería insultar tu inteligencia.

Sam la miró con una mezcla de rabia y ternura. La amaba. Siempre la había amado. Incluso si todo lo demás era mentira.

—¿Quién eres, Emma?

Ella suspiró, largo, como quien lleva años esperando tener que dar una explicación demasiado grande para resumirla con palabras.

—Soy la persona con la que has vivido los últimos diez años. La mujer que duerme contigo, que te cuida. Pero también soy otra cosa. Algo que tú mismo ayudaste a construir.

—¿Qué significa eso?

Emma alzó la mirada. Sus ojos brillaban con una intensidad distinta. No era emoción. Era lucidez.

—No recuerdas todavía, pero fuiste parte del programa. Estábamos en la misma red. Eras un arquitecto de vínculos, uno de los mejores. Diseñabas nexos emocionales entre sujetos inestables. Y yo... era tu caso más difícil. Había colapsado después de un protocolo de aislamiento emocional. Nadie conseguía reintegrarme. Hasta que llegaste tú.

—¿Y el Instituto?

—El Instituto supervisaba. Nos conectaron. Tú lo aceptaste. Pero perdiste el control. Empezaste a sentir cosas reales. Rompiste la neutralidad emocional que exigía tu rol.

—¿Y entonces qué pasó?

—Decidieron borrarte parcialmente. Conservaron tu presencia como ancla, pero eliminaron tu identidad de arquitecto. Te dieron una nueva vida, conmigo, simulada pero estable. Se suponía que así yo recuperaría la capacidad de sentir sin hundirme.

—¿Y Joyce? ¿Ethan?

Emma sonrió con tristeza.

—Supervisores. Actores. Vigilantes del experimento. Joyce especialmente... controla la progresión. El lenguaje ofensivo, el desprecio, la provocación... eran estímulos de estrés para medir mi resiliencia.

Sam se llevó las manos a la cabeza. Se levantó de golpe, como si el aire de la cocina se hubiera vuelto tóxico.

—¿Y tú? ¿Tú sabías todo esto mientras vivíamos juntos? ¿Mientras reíamos, mientras... hacíamos el amor?

Emma se levantó también. Su voz era firme.

—Lo sabía. Pero también sabía que algo era distinto contigo. Algo que no estaba en el diseño. Yo también empecé a sentir. No como parte del tratamiento. De verdad.

Sam bajó la mirada. Las palabras le dolían más que cualquier mentira.

—¿Entonces todo esto... era una mentira?

Emma se acercó. Tomó su rostro entre las manos.

—No. Fue un laboratorio, sí. Un experimento. Pero nosotros, tú y yo, construimos algo que ni el Instituto pudo predecir. Un vínculo que escapó al algoritmo. Y ahora tú has despertado. Lo que venga después... depende de ti.

Sam temblaba. De rabia. De miedo. Pero también de algo más profundo. Una chispa de claridad.

—¿Y si decido romperlo todo? ¿Salir del sistema?

Emma sostuvo su mirada sin pestañear.

—Entonces los dos desapareceremos. Como si nunca hubiéramos existido. Como si nunca hubiéramos sido algo más que variables.

La caja volvió a vibrar levemente sobre la mesa. Una cuenta atrás había comenzado. Un nuevo umbral.

Sam cerró los ojos.

Y susurró:

—No voy a dejar que decidan por mí. Ya no.

Capítulo 6

El zumbido en la caja cesó. El silencio que dejó atrás era aún más inquietante.

Sam se tumbó en el sofá del despacho. Cerró los ojos, y al hacerlo, no vio oscuridad. Vio luz. Una sala blanca. Un techo sin esquinas. Un sonido hipnótico de pulsos graves y voces digitadas.

“*Estímulo emocional aceptable. Integración 67%.*”

La frase flotó como si no tuviera dueño. Sam no sabía si la había escuchado o recordado. Pero el eco de esa frase le retumbó en el pecho.

Después, un rostro. El suyo. Más joven. Sin barba. Frente a un panel táctil, diseñando estructuras de relaciones como arquitecto diseña casas: líneas, esquemas de dependencia, niveles de empatía y tolerancia emocional. Era como construir ciudades del alma.

Y luego, otro recuerdo. Un nombre que nunca usaba: Dorian.

—Dorian Elms —susurró Sam, sorprendiéndose de que la lengua aún recordara cómo pronunciarlo.

Era su nombre antes del programa. Antes del experimento. Antes de convertirse en Sam, el hombre medio, el marido apacible. Dorian Elms era un neurodiseñador conductual. Había trabajado en los primeros prototipos del Instituto para crear entornos emocionales de rehabilitación psicológica avanzada. Eran conocidos como *entornos empáticos simulados*.

Él no solo había ayudado a construirlos. Los había probado. Era el primero. El voluntario cero.

El motivo: el colapso emocional tras la pérdida de su hija en un accidente inexplicado. La culpa lo había destruido. El dolor lo había aislado. Y el Instituto le propuso algo nuevo: una reconstrucción de su entorno afectivo, donde las emociones serían moduladas, y los vínculos diseñados. Un espacio para rehabilitar su alma. A cambio, cedería sus recuerdos. Todos. Sería reiniciado con un nuevo nombre, una nueva vida, una nueva "esposa". Emma. Al principio, una paciente suya. Luego, su compañera simulada.

Pero lo que nadie predijo fue que esa simulación crearía una conexión real.

El siguiente recuerdo fue brutal: la sala del contrato. Una mesa circular. Dos figuras de traje gris y guantes quirúrgicos. La firma de renuncia. El texto sellado en la piel mediante una tinta fotosensible. Palabras que ahora empezaban a reaparecerle sobre el brazo izquierdo, como si algo las despertara bajo la piel.

—"En caso de despertar parcial o total, el sujeto deberá ser eliminado o reprogramado. Fase tres será activada."—

Sam abrió los ojos de golpe. Estaba sudando. El aire parecía escaso. Se quitó la camisa con furia. Miró su brazo. Las palabras estaban allí. Borrosas, pero visibles.

Y entonces comprendió: el tiempo corría. Ahora sabía quién era. Sabía quién era Emma. Y sabía lo que vendría si no actuaba.

Volvió a la caja. Metió la mano. Sacó la pequeña esfera negra que había ignorado antes. Tenía una ranura lateral y un pulso luminoso. Como un corazón artificial.

La sostuvo en la mano. Y lo recordó todo: Fase tres no era la eliminación. Era el cruce. La posibilidad de salir del entorno artificial y volver *al* mundo real. Si era que todavía existía.

Sam —o Dorian— apretó el dispositivo con fuerza.

Y sonrió por primera vez en días.

—Voy a cruzar.

Capítulo 7

El parpadeo del indicador en la caja había cambiado. Ya no era un latido. Era una cuenta atrás.

00:11:58:42

Horas. Minutos. Segundos. Un reloj corriendo hacia algo que Sam —o Dorian— aún no comprendía del todo, pero que sentía en lo más profundo como una amenaza directa.

Volvió a cerrar la caja con rapidez, como si eso pudiera detener el proceso. No lo hizo. La cuenta atrás persistía, proyectándose ahora, intermitente, desde un diminuto holograma oculto bajo la tapa interna.

Emma lo observaba desde la entrada del despacho.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un umbral. Una transición. Un punto sin retorno.

—¿Hacia qué?

Sam se giró lentamente.

—Eso es lo que tengo que averiguar. Pero no es sólo un cronómetro. Es una alerta. La apertura ha desencadenado la Fase Tres.

Emma se acercó sin miedo. Sabía lo que eso significaba.

—¿Reinicio?

—No exactamente. El sistema ofrece dos rutas cuando un sujeto alcanza la plena conciencia: reprogramación o extracción. Y esta vez... estoy casi seguro de que tú también estás dentro del protocolo.

Emma palideció.

—¿Extracción? ¿Quieres decir salir de aquí?

Sam asintió.

—Salir de la simulación. Si es que aún hay un "fuera".

Ambos callaron. El silencio era espeso. El mundo a su alrededor parecía congelado. Incluso el tic-tac digital del reloj tenía un sonido hueco, como si flotara en una dimensión propia.

Sam recordó algo más. Un fragmento que emergió como un destello de código mal borrado.

"Cuando el reloj comience, el entorno intentará defenderse. Identificará al sujeto como amenaza. Activará elementos internos para detener la Fase Tres."

Miró a Emma con gravedad.

—El sistema va a responder. Y no de forma sutil. Lo intentará todo para impedir que lleguemos al punto final de esta cuenta atrás.

—¿Y si no hacemos nada?

—Entonces decidirá por nosotros. Y eso no termina bien.

La luz de la casa titiló. Un parpadeo eléctrico. Luego otro. La propia realidad empezaba a desestabilizarse.

Emma lo notó.

—¿Está empezando?

—Sí.

—¿Qué hacemos?

Sam se levantó. Sujetó la caja con una mano, el dispositivo negro con la otra.

—Nos preparamos. Empiezan las interferencias. Puede que aparezcan personas que no existen, recuerdos manipulados, distorsiones del entorno. Pero hay una salida. Tiene que haberla. Lo diseñamos así.

Emma lo miró con una mezcla de miedo y determinación.

—¿Tú sabes dónde está?

—No aún. Pero cada minuto que pasa, más piezas vuelven a su sitio. Y estoy empezando a ver el mapa.

Volvió la vista al holograma de la cuenta atrás.

00:11:54:06

El tiempo seguía avanzando.

Y la simulación estaba a punto de volverse hostil.

Capítulo 8

El aire olía distinto.

No era un cambio obvio, pero Sam lo notó. Había un matiz metálico, un leve aroma a ozono, como si la electricidad flotara suspendida en el ambiente. El zumbido de los aparatos domésticos se volvió más agudo, más presente, casi como un coro de insectos nerviosos.

La pantalla del televisor se encendió sola. Parpadeó una fracción de segundo y proyectó una imagen congelada:

Una niña. Rubia. Sentada en un columpio. Mirando directamente a cámara.

Emma se sobresaltó.

—¿Quién es?

Sam no respondió.

La imagen cambió. Ahora la niña caminaba hacia una verja, empujándola lentamente. La puerta chirrió... pero en la sala. El sonido no venía del televisor. Provenía del pasillo.

Sam se levantó. Caminó hacia la entrada. No había ninguna verja. Solo la luz del pasillo, parpadeando débilmente.

Entonces, la voz.

—Papá... ¿me oyes?

El corazón de Sam se detuvo por un segundo. La voz era nítida. Alta. Como una nota afinada que atraviesa toda la estructura de la casa.

Emma corrió hacia él.

—¿Esa es...?

—Sí —dijo Sam, casi sin voz—. Es ella. Es Nora.

Nora, su hija.

Muerta.

Pero ahora, de alguna forma, proyectada por el sistema.

Un intento de detenerlo.

—Esto es parte del programa —dijo Emma, tratando de mantener la calma—. Están utilizando tu vínculo emocional más profundo para desviarte.

Sam cerró los ojos. Sintió el dolor regresar. El mismo que lo había llevado a aceptar el borrado, la simulación, el contrato.

—Esto no es real —repitió, como un mantra—. Esto no es real.

Pero en ese instante, la niña apareció en el umbral del salón.

Vestía su camiseta de rayas, los vaqueros favoritos. La piel tenía la textura perfecta de los recuerdos felices. Y su sonrisa... era la misma con la que lo despertaba los domingos por la mañana.

—No te vayas, papá. Ya estás bien aquí. Con mamá. Conmigo.

Sam sintió que las piernas flaqueaban. Emma le sujetó el brazo con fuerza.

—Mírala bien —dijo—. Busca las costuras.

Sam la miró de nuevo. Se obligó a observarla con ojos clínicos. Analíticos. Como cuando testeaba simulaciones de nivel 7.

Y entonces lo vio.

Un parpadeo demasiado mecánico. Un leve retraso entre el movimiento de los labios y el sonido. Un gesto de la mano que se repetía con exactitud cada seis segundos. Un bucle emocional. Un patrón de interferencia afectiva.

La “niña” no era Nora. Era un fragmento de código diseñado para generar anclaje afectivo y frenar el avance.

Sam dio un paso atrás.

—No eres ella —dijo en voz baja—. Eres solo un recuerdo convertido en trampa.

La figura sonrió. Por un instante, la cara se distorsionó. Los ojos se alargaron. La boca creció en un gesto que ya no era infantil, sino grotesco.

Después... desapareció. Como si nunca hubiese estado allí.

El televisor explotó con un estallido seco. Un fogonazo de estática. Las luces de la casa bajaron de intensidad.

Emma le miró, aún con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien?

—No —respondió Sam—. Pero estamos en camino.

Se giró hacia el reloj proyectado en la pared.

00:10:42:17

Y bajando.

Las interferencias habían comenzado.

Ahora tenían que moverse.

Capítulo 9

Sam se dirigió a la puerta principal, seguido de cerca por Emma. El reloj seguía proyectado sobre la pared, implacable:

00:10:23:08

—Tenemos que salir antes de que esto se cierre sobre sí mismo —dijo él, con tono urgente.

Abrió la puerta. El exterior no era el que recordaba.

La calle de siempre, los setos cuidados, los vecinos paseando sus perros... todo había sido sustituido por una especie de corredor blanco, limpio, como un render a medio terminar. Sin cielo, sin textura. Como si la simulación hubiese dejado de cargar esa parte del mundo.

Emma tragó saliva.

—¿Es seguro?

Sam negó lentamente con la cabeza.

—Nada es seguro ahora. Pero si nos quedamos aquí, el entorno se cerrará como una trampa. Esto es una zona intermedia. Un margen de reconstrucción. La simulación está rescribiéndose en tiempo real.

Dio un paso fuera. La superficie blanca bajo sus pies emitió un sonido como de cristal fino al quebrarse levemente, aunque no cedió. Emma lo siguió. Unos pasos más y la casa a su espalda crujió como si fuera de papel mojado.

Se giraron.

La fachada ya no estaba. Solo quedaba una estructura negra, punteada de luces rojas. Como un esqueleto digital.

—Está desinstalándose —murmuró Sam—. Nos han sacado de la escena.

Emma miraba en todas direcciones. El pasillo blanco parecía alargarse y curvarse hacia un horizonte imposible, sin sol, sin sombras.

Entonces, una vibración. Leve al principio. Luego más intensa.

Las paredes del corredor comenzaron a temblar, y de ellas surgieron rostros incompletos, como si alguien intentara imprimir gente sobre una superficie maleable. Algunos se formaban a medias, otros gritaban sin sonido. Un anciano sin ojos. Una mujer con tres bocas. Una niña que arrastraba su propio reflejo.

Sam los reconoció.

No eran personas reales. Eran fragmentos de memoria colectiva, restos de otras simulaciones. Fantasmas de usuarios anteriores.

Emma se cubrió los oídos.

—No podemos seguir por aquí, Sam. ¡Nos va a tragar!

Sam se detuvo. Cerró los ojos un instante.

Recordó una frase, un punto fijo en la programación de emergencia:

“Cuando el entorno colapse, busca el nodo raíz. Siempre estará en la dirección opuesta al ruido.”

Volvió la vista atrás. Hacia lo que quedaba de su casa.

Donde antes estaba el salón, ahora se abría una escalera descendente, una estructura metálica oxidada que parecía flotar en el vacío.

—Tenemos que bajar.

—¿Estás seguro?

—No. Pero el sistema quiere que sigamos recto. Eso significa que el acceso real está en otra parte. Siempre nos orientarán hacia el camino falso más creíble.

Emma dudó, pero confió. Bajaron.

Peldaño a peldaño, la temperatura descendía. La luz cambiaba. De la blancura sin textura a un azul metálico. En cada paso se oía un eco extraño, como si alguien —o algo— bajara con ellos desde otro nivel de la estructura.

Cuando llegaron al fondo, se encontraron ante una puerta de acero industrial, marcada con símbolos extraños. Y justo al lado, grabado en el marco:

PROCESO DE EVASIÓN EN CURSO – ACCESO AUTORIZADO:
DORIAN K.

Emma lo leyó en voz alta.

—Dorian...

—Sí. Ese soy yo. O fui. O... seré otra vez.

Apretó el panel de entrada. La puerta se abrió con un ruido sordo.

Del otro lado: una sala hexagonal, con pantallas encendidas, sonidos de pulsos cerebrales, proyecciones de sus propias vidas reproducidas como películas deformadas.

Y en el centro... una figura de espaldas. Humana, pero inmóvil. Esperando.

—¿Quién es? —preguntó Emma.

Sam sintió un escalofrío.

—Creo que es... yo.

Y el reloj seguía bajando:

00:10:00:01

Capítulo 10

La figura permanecía inmóvil en el centro de la sala hexagonal. El lugar no tenía esquinas visibles, la arquitectura misma desafiaba la lógica espacial. Las paredes proyectaban secuencias de datos intermitentes: mapas neuronales, nombres, códigos, recuerdos. Todo parecía flotar en un presente suspendido.

Sam avanzó lentamente, sintiendo un zumbido grave cada vez que daba un paso. Emma lo siguió sin decir palabra.

—¿Dorian K.? —dijo Sam, en voz baja. La figura no respondió.

A medida que se acercaban, los detalles comenzaron a definirse. Era un hombre de complexión idéntica a la de Sam. Misma altura, mismas manos, misma silueta. Vestía un mono gris oscuro, como de técnico o prisionero. Tenía electrodos en la nuca. Cables finísimos conectaban su cabeza a un panel flotante sobre él.

Emma jadeó.

—Sam... ¿es un clon?

—No... es anterior a mí.

La figura se giró, por fin. Y Sam se vio a sí mismo. No como se veía ahora, sino como se sentía por dentro. Una versión más viva, más despierta. Con una mirada que parecía contener siglos. No había agresividad. Solo reconocimiento.

—No soy tu enemigo —dijo la figura—. Soy tu reserva.

—¿Mi qué?

—Tu conciencia almacenada. El verdadero tú fue interceptado antes de entrar completamente en la simulación. Esto que vive en la superficie, lo que ahora crees ser, es un fragmento funcional. Una réplica. Eres tú... pero incompleto.

Emma dio un paso atrás, todo parecía desmoronarse de golpe.

—¿Entonces... tú no eres Sam?

—Lo soy —dijo Sam—. Pero no todo. Y él... es la parte que falta.

La figura asintió.

—Mi presencia aquí ha mantenido viva tu estructura. Sin mí, el entorno te habría borrado hace mucho. Pero la cuenta atrás indica que la matriz está colapsando. Ya no puedo sostenerla. Si quieres salir... debes reintegrarte.

Sam miró a Emma. Después, al panel suspendido sobre su "reserva".

—¿Cómo salimos?

El otro Sam —el original— extendió la mano. Un holograma emergió entre ellos: un mapa de nodos, geometría fractal en constante movimiento. En el centro, una esfera brillante, pulsante.

—Este es el *punto de cruce*. Una intersección donde la conciencia puede atravesar la frontera entre entornos. Está oculto bajo múltiples capas. Pero hay una anomalía. Un acceso no controlado por el Instituto. Una grieta.

—¿Dónde? —preguntó Emma.

—No está en el entorno. Está en la memoria. En un recuerdo real, vivido por Dorian antes del escaneo. El sistema no puede reescribir lo que fue auténtico. Solo simularlo. Es por eso que los recuerdos están empezando a interferir. Estás recordando quién eras... y eso debilita el marco virtual.

El mapa se reorganizó. Una escena concreta emergió: un campo de girasoles, una tarde naranja. Un niño corriendo con una cometa.

Sam retrocedió.

—Lo recuerdo...

—Ese es el acceso. El momento exacto donde se cruzaron realidad y simulación. El lugar donde el escáner capturó tu conciencia. Si lo alcanzas, puedes salir.

Emma frunció el ceño.

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó a la figura.

—Desapareceré. Seré parte de él. Pero no conservo miedo. Fui creado para sostener esta transición.

La cuenta atrás parpadeó:

00:07:21:47

—El entorno colapsará en siete minutos —dijo el otro Sam—. Después, todo será blanco. Y ustedes, como nodos inconsistentes, serán disueltos.

Sam extendió la mano hacia su otro yo.

—¿Y si fallo?

—Entonces no habrá salida. Te quedarás atrapado en el ciclo siguiente. Y no habrá más reservas. Esta es la última iteración.

Una luz intensa envolvió la sala. Emma cerró los ojos. Cuando los abrió, Sam ya no estaba duplicado. Solo uno de ellos permanecía de pie.

Y su mirada era más lúcida. Más plena.

—Tenemos que encontrar ese campo —dijo él, mirando a Emma—. Y correr hacia la cometa.

Emma asintió.

Y las pantallas a su alrededor comenzaron a crujir.

El sistema lo sabía.

Y estaba despertando.

Capítulo 11

El mapa flotante palpitaba con una luz cálida. Emma se acercó, tocándolo como si pudiera sentir su temperatura. La escena del campo de girasoles brillaba en el centro, rodeada de nodos caóticos que se contraían y expandían como órganos vivos.

Sam cerró los ojos. Las coordenadas del recuerdo no eran físicas: estaban encriptadas en su memoria emocional, en las texturas, en los olores, en un instante vivido con tanta intensidad que había escapado al borrado de la simulación. Lo recordó de golpe:

Su madre. El verano antes de su desaparición. Él con seis años, corriendo con una cometa roja mientras ella reía. La brisa tibia, el perfume de tierra húmeda, y un rumor de voces lejanas que nunca llegaron a descifrarse.

—Emma... ya lo tengo. Tócame la frente —dijo Sam, con urgencia.

Ella obedeció.

El entorno se fragmentó. Una onda luminosa los rodeó como una membrana que crujía. Los hexágonos de la sala comenzaron a colapsar hacia dentro, girando sobre sí mismos como fichas cayendo. El aire se volvió denso. A lo lejos, una alarma lejana, orgánica, como un lamento.

Y entonces...

Emergieron en medio de un cielo inmenso, naranja y violeta. Un campo de girasoles que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El viento era suave y parecía murmurar en un idioma sin palabras. Todo se sentía real... demasiado real.

Sam cayó de rodillas. El suelo tenía rugosidad. La tierra dejaba polvo bajo sus uñas. Lloró sin saber por qué.

Emma se agachó junto a él.

—¿Es este?

—Sí... aquí empezó todo. Aquí el Instituto lo tomó.

Una cometa roja voló por encima de sus cabezas. Sam la vio, deslizándose en círculos lentos.

—Tengo que atraparla —dijo, levantándose de golpe—. Esa cometa es el ancla. Está sobre el punto exacto.

Comenzó a correr por el campo. Emma detrás. Pero entonces, el cielo parpadeó. Una grieta se abrió en el horizonte. Y desde ella descendieron figuras.

Tres siluetas, vestidas con trajes de interferencia, sin rostro, sin voz. Agentes del Instituto. No eran reales. Eran anti-recuerdos: correcciones. Enviados para sellar el acceso antes de que cruzaran.

El primero aterrizó frente a Sam. Al tocar el suelo, los girasoles cercanos se ennegrecieron y murieron al instante. Su silueta parecía estar formada por estática: cada movimiento dejaba un rastro de distorsión.

—¡No lo toques! —gritó Emma, justo cuando el ente lanzaba una onda de cancelación.

Sam giró, rodó por el suelo. El impacto dio de lleno en el aire donde había estado un segundo antes.

—¡Tienen prohibido dañar directamente! ¡Están programados para dispersar, no para destruir!

—¡Eso ha cambiado! —gritó Sam—. La cuenta atrás los ha desatado.

Emma sacó del cinturón una especie de prisma translúcido, que había aparecido junto con ellos al acceder al recuerdo. Lo activó por puro instinto.

Un destello envolvió a uno de los agentes. Se disolvió con un sonido parecido a una cinta de casete quemándose. Los otros dos titubearon.

—¡Ve por la cometa! —gritó ella—. ¡Yo los distraigo!

Sam corrió cuesta arriba. La cometa descendía lentamente, como si respondiera a su voluntad. Los girasoles se agitaban a su paso, algunos muriendo bajo los pasos distorsionados de los agentes restantes.

Emma esquivaba las ondas de dispersión con agilidad inesperada. Algo en ella se había despertado también. Había memoria en sus músculos. Un entrenamiento que no recordaba.

Sam saltó. Sus dedos rozaron la cuerda de la cometa. El mundo se partió en dos.

Un zumbido de fondo se convirtió en grito. El cielo comenzó a desmoronarse, alguien parecía que estaba borrando el archivo del recuerdo. Los girasoles cayeron, las raíces se invertían.

Emma gritó su nombre. Sam sostuvo la cuerda con fuerza. Y todo se volvió blanco.

Despertaron en un pasillo oscuro, estrecho. Metálico. En la pared, una palabra escrita a mano:

"CRUCE 1 — No volver"

Sam se levantó, aún con la cuerda enredada en el brazo.

—Lo hemos logrado... estamos fuera del entorno.

Emma se apoyó en la pared, jadeando.

—¿Dónde estamos ahora?

Sam miró el pasillo, aún vibrando con los ecos de una realidad anterior.

—Al otro lado.

Y algo, en algún punto del pasillo, respiró.

Capítulo 12

El pasillo temblaba. No como una estructura en ruina, sino como un ser que acaba de despertar de un largo letargo. Las paredes metálicas eran húmedas al tacto, cubiertas de una película translúcida que parecía respirar. Sam y Emma se miraron: algo había cambiado. Dentro de ellos, y fuera de ellos.

—No estamos en la realidad... o al menos no en la que conocíamos —dijo Emma.

—Pero tampoco estamos en la simulación. Esto... esto es algo intermedio.

Un leve zumbido los guió hacia adelante. No era eléctrico, era más parecido al canto de una ballena perdida bajo tierra. A cada paso, el pasillo se ensanchaba, revelando murales en las paredes. Sam se detuvo ante uno.

Era él.

Con el uniforme del Instituto, pero sin rostro. A su lado, Emma. Y más allá, otra figura que no reconoció. Aún no.

—¿Nos vigilan o nos recuerdan? —preguntó Emma.

—Tal vez ambas cosas.

Avanzaron hasta que el pasillo desembocó en una sala circular. Al fondo, una puerta abierta a un paisaje incierto: un cielo anaranjado sin sol, árboles que flotaban como medusas, y un lago suspendido en vertical, como si el espacio hubiera dejado de respetar sus propias leyes.

Pero frente a la puerta... Esperaba una figura.

Alta, cubierta por una capa oscura. No tenía rostro, pero tampoco necesitaba uno. Cuando habló, la voz sonó dentro de sus cabezas.

—No debían haber cruzado aún. El punto no estaba completo.

Sam apretó la cuerda de la cometa, aún en su mano.

—Entonces ¿por qué no nos detuviste antes?

La figura alzó una mano. Entre sus dedos, un objeto suspendido: el emblema del Instituto, roto por la mitad.

—Porque el Instituto está cayendo —dijo—. La cuenta atrás no era una amenaza. Era un reinicio. El último intento del sistema de corregirse a sí mismo.

Emma dio un paso adelante.

—¿Y ahora qué somos? ¿Residuos? ¿Error?

—No. Sois semilla.

La figura se desvaneció. No se fue: se descompuso en motas de luz que fueron absorbidas por el entorno.

Sam y Emma cruzaron la puerta.

En el otro lado la gravedad era suave, como si caminaran sobre vapor sólido. El paisaje parecía mutar con sus emociones: a cada pensamiento, una nueva forma, un nuevo color. El aire estaba lleno de datos, pero no fríos: eran cálidos, recuerdos vivos. Ecos de todo lo que fueron, y de todo lo que podrían llegar a ser.

—Este lugar... —murmuró Emma—. Aquí los recuerdos no se almacenan, crecen.

—¿Y si esto es lo que el Instituto temía? —dijo Sam—. ¿Una realidad no controlada, abierta, caótica... pero verdadera?

Se sentaron junto al lago vertical, contemplando su reflejo deformado.

Detrás de ellos, la puerta del Cruce 1 seguía abierta. Por ella aún se escuchaban ecos del viejo sistema colapsando. Alarmas, distorsiones, los gritos digitales de una inteligencia que no quería morir.

Pero ya no importaba.

Sam sacó la cuerda de la cometa, aún con polvo del campo de girasoles.

La lanzó al cielo. En el mismo instante, una cometa roja surgió y voló por encima de ellos, sin necesidad de viento.

Emma rió. Una risa limpia, como la de un niño.

—¿Y si construimos algo aquí?

—¿Una nueva versión?

—No. Nada de versiones. Algo original. Algo... humano.

Silencio.

Hasta que, muy lejos, en el límite del horizonte flotante, una luz azul osciló.

Y otra figura —diminuta al principio— comenzó a caminar hacia ellos.